

esa alianza tiranos suspicaces y vengativos, como Tiberio y Luis XI, ú hombres desdichados, apasionados por la independencia y la soledad, como el Tasso, Pascal, Young, Gilbert, Zimmermann, J. J. Rousseau y Lord Byron."

CAPÍTULO CUARTO.

INFLUENCIAS PATOLÓGICAS. 1

"Las modificaciones morales que inducen las enfermedades, difieren según estas sean agudas ó crónicas. Al principio de las primeras, y aun á veces algunos días ántes de la invasion, no es raro que se noten ya algunas señales de poca igualdad y acrimonia en el carácter: el entendimiento está perezoso; siéntese una tristeza vaga, cierto mal humor y una especie de desaliento: hai incapacidad para el trabajo y aun para los juegos que reclaman una atención sostenida. Cuando el mal ha llegado á su mas alto grado de intensidad, la inteligencia se oscurece, las ideas se turban, y no es dable ya el compararlas; eufónices sobre todo es cuando los padecimientos ponen al hombre triste, iracundo y regañon: á veces tambien callan las necesidades dominantes, y se anuncian otras que el enfermo nunca habia experimentado. En ciertos casos los sentidos se depravan, se embotan, ó bien adquieren una sensibilidad extraordinaria: así es que tal gustaba de esencias y de aromas, que ya las aborrece con hastio; el gloton se condena espontáneamente á la dieta mas rigurosa; el músico se horripila al oír los sonos armoniosos de su ántes tan querido instrumento. Hácia la terminacion de las enfermedades agudas, el hombre disimulado revela á veces su secreto: el que aparentaba impiedad, se vuelve devoto y hasta supersticioso; y el avaro á veces se decide á confiar á ajenas manos las llaves de su idolatrado tesoro. En las cercanías de la muerte, los sentidos, á la par que las facultades intelectuales, están casi anonadados, y difícil es determinar

¹ Esta palabra *pathologia* derivada de la voz griega *pathos* que significa enfermedad, es un término con que designan los médicos aquel ramo de su facultad que tiene por objeto el estudio de las enfermedades del cuerpo humano; y como nosotros tratamos de estas enfermedades en sus relaciones con la parte moral, por esto damos el nombre de *influencias patológicas*, á esa acción invisible pero real que ejercen sobre el carácter y la conducta las diversas enfermedades que afectan al cuerpo humano.

el estado actual del enfermo de quien no queda ya mas que la armazon."

"El efecto casi constante de las enfermedades crónicas es volver el carácter inquieto, sombrío, egoísta é irasible. Su acción sobre la inteligencia me ha parecido mucho mas lenta, pero no ménos notable que la de las enfermedades agudas. Algunos sujetos, sobre todo los nerviosos-biliosos, conservan todavia en sus largos padecimientos toda la brillantez; solo que su palabra es ménos acre, y sus composiciones aparecen de un tinte mas melancólico. En los mas de los enfermos la imaginacion se vuelve pesada y la memoria se pierde, particularmente en ciertas afecciones cerebrales."

No entraremos en mas pormenores á propósito de las enfermedades, porque nos proponemos tan solo hacer simples indicaciones. Pasémos pues á considerar las otras influencias que sirven como datos al criterio moral.

CAPÍTULO QUINTO.

INFLUENCIAS MORALES.

El hombre desarrolla sus facultades, no precisamente según las influencias que recibe de la simple naturaleza, sino de aquellas por donde mas le estrechan su educacion, sus hábitos, sus circunstancias y otras muchas relaciones. La naturaleza va sufriendo con la vida modificaciones muy varias; y no es raro el caso de que bajo influencias extrañas al órden puramente material sufra el hombre transformaciones aun en su sistema físico. Importa pues mucho colocarse en los casos mas frecuentes, para reunir todos los datos posibles á fin de asegurar bien los procedimientos de la crítica en el órden moral.

El hombre puede considerarse: primero, bajo el techo doméstico, bajo la acción directiva y afectuosa del amor maternal; segundo, en el fondo de la sociedad, según el papel que represente; tercero, en el aislamiento de la sociedad, ya sea que habite los campos, ya que renuncie del todo el trato de los hombres; cuarto, en las relaciones de su carácter moral con el sistema político; y finalmente, en sus grados de civilización y cultura, según aquellas propensiones á que le arrastra el sistema de sus ideas. He aquí porqué no bastará nunca para el criterio tener ideas exactas sobre la acción del órden físico, de su constitución y de sus enfermedades sobre su carácter y conducta; sino que es necesario estudiarle

en estas diversas relaciones. Consecuentes pues á estos principios, precisemos nuestro exámen á las influencias morales.

Entendemos por *influencias morales* el poder que el hombre interior es capaz de desenvolver sobre el hombre físico, para neutralizar las inclinaciones desordenadas y destruir los obstáculos que se oponen á la virtud. Si el órden físico, el fisiológico &c. ejercen, como ya se ha visto, un influjo mui vário sobre el pensamiento y el carácter; hai en el alma un poder superior á todo, el poder de la libertad, al cual todo puede ceder; y esta es la razon, porqué ni la física, ni la fisiología, ni otro ramo alguno de las ciencias naturales, pueden resolver definitivamente ninguna de las cuestiones que se versan en el órden moral. Si pues las influencias de que hasta aquí hemos hablado, deben ser mui atendidas para formar el criterio de las acciones y de la conducta, solo en el uso de la libertad hallaremos los últimos é infalibles datos para pronunciar un juicio seguro.

Qué cosa sea la libertad, con qué pruebas se demuestre su existencia, hasta dónde se extienda su acción, en qué sentido reasume á todo el hombre; son cosas que ya quedan expuestas en otra parte,¹ y que por lo mismo debemos dar por sentadas para entrar en materia.

Toda la parte moral del hombre está en aquella potencia donde reside la imputabilidad, esto es, donde está la razon del merecimiento y el carácter de la culpa; y como el hombre merece premio ó castigo, porque es libre en su acción, toda la parte moral del hombre se radica en la libertad. Cuando hablamos pues de las influencias morales, claro es que no nos proponemos hablar de la libertad en sus relaciones con la moral: no queremos probar aquí ni que el hombre es por su libertad árbitro de su naturaleza, ni que su libertad bien dirigida es una influencia moral: lo primero, no es de este lugar; lo segundo, sería decir ménos de lo que hai en verdad, pues que la libertad es el todo y no el influjo. ¿De qué se trata pues? de inquirir y enumerar todas las diversas causas que en el órden puramente interior pueden influir sobre la libertad en un sentido recto y moral; porque propiamente hablando, estas son las influencias morales.

La libertad, como ya hemos visto, presupone el ejercicio de la inteligencia y de la voluntad: juicios rectos, tendencias nobles y dignas; he aquí los dos elementos mas favo-

¹ Primera parte, secc. 1.ª, lib. 2.ª, cap. IV, pág. 306 del tom. 1.º

rables para el buen uso de la libertad humana. Luego todo aquello que contribuya á rectificar el juicio, dignificar y ennoblecer los sentimientos y los deseos, deberá reputarse por una influencia moral. Ahora bien, los medios mas conocidos para lograr tan importante objeto, son la *educacion*, el *ejemplo* y el *hábito*; pero estas tres cosas tienen un elemento comun y necesario que las ilustra, perfecciona y sostiene; este elemento es la *religion*. Hablemos pues de estos cuatro puntos, á los cuales podemos reducir todas las influencias morales.

§ I.

DE LA EDUCACION.

Sale el hombre del seno maternal, como una materia bruta, dispuesta para tomar sus formas de la crianza, de la educacion y de la cultura. El padre y la madre, al recibir al niño en sus brazos, aceptan ante Dios y la sociedad toda la responsabilidad de su destino sobre la tierra. Ellos pueden formar un ciudadano útil, ó un miembro pernicioso: pueden continuar la cadena de una ascendencia de virtudes, ó de una ascendencia de vicios. El genio, el natural, la indole y los primeros lineamentos del carácter les indican desde luego la materia que cae bajo su acción, la direccion que convengan dar á sus trabajos; mas de ninguna manera da excusas para la pereza, ni razones para el abandono. Es un hecho comprobado por la experiencia mas constante, que la educacion domina la naturaleza. Si la educacion es buena, la naturaleza en medio de sus resistencias tomará un segundo carácter del todo favorable á los designios del Creador. La educacion afirma, perfecciona y depura el carácter; corrige los vicios de la naturaleza; domina las pasiones con el gobierno de la libertad.

Para calificar pues al hombre moral, es preciso ante todo tener ideas de su educacion, de sus hábitos y de los ejemplos que han influido en su carácter. El hábito y el ejemplo se corresponden casi siempre; el segundo es una de las causas que forman el primero. El ejemplo es la moral en acción, las máximas personalizadas en la práctica, y dominando al mismo tiempo el entendimiento y la sensibilidad.

El hombre nada crea; pero puede modificarlo y arreglarlo todo: la naturaleza nada perfecciona por sí misma en el órden intelectual y moral; pero suministra, si, á la acción laboriosa del espíritu la materia prima, por explicarnos de esta

suerte, ó sean los elementos indispensables de virtud y de vicio con el cuerpo y el alma, con el entendimiento, la voluntad y la libertad. Los hombres no nacen y mueren todos á un tiempo: unos vienen despues de los otros á la vida; y no hai padre, madre, magistrado, gobierno, &c., &c., sino porque el hombre necesita del hombre, y sus primeras edades no pueden correr sin peligro, sino al abrigo de las últimas, por donde pasan aquellos que han venido ántes al mundo. Ahora bien, la aplicacion de todos los medios indicados por la naturaleza, comprobados por la experiencia y asegurados por la conciencia, al desarrollo de todas las facultades del hombre, desde su nacimiento hasta su ingreso en la sociedad, con el objeto de perfeccionar su naturaleza, ilustrando su entendimiento y formando su corazon para la virtud, es lo que propiamente se llama *educacion*.

La idea que de esta acabamos de dar, basta por sí sola para manifestar hasta dónde puede llegar su influjo en el órden moral. Tanto es el poder de la educacion, que suele cambiar en el hombre hasta su misma naturaleza física, y de ordinario ella previene la suerte que le aguarda en el porvenir de su vida. Las disposiciones mas felices de la naturaleza espiran ante la mano tosca y bárbara de una educacion infame, bien así como los mas precoces impulsos de las pasiones que empiezan á insinuarse, van cediendo lentamente al delicado, imperceptible, pero constante impulso de una educacion bien dirigida. De esta suerte no seria difícil ir á encontrar en la educacion de cada uno las últimas razones decisivas en la difícil cuestion de su carácter moral.

Mas, ¿de qué modo influye la educacion en el hombre, para neutralizar en él las primeras tendencias al vicio, determinar las nobles inclinaciones y convertir su marcha toda en una carrera de felicidad por el sendero del bien? "Una alma sana en un cuerpo sano,"¹ fué para los antiguos el gran tema de la educacion; y este mismo tema sirvió al profundo Locke de contraseña, digámoslo así, para indiciar el espíritu que habia de dominar en su libro de la educacion. Pero, ¿este mismo tema no es por una parte redundante, y por otra incompleto? La educacion tiene un fin; y la grandiosidad de este fin consiste en que el hombre se salve por su libertad de todas las vicisitudes transitorias de la naturaleza; y bajo este respecto bastaria tener una alma

¹ Meus sana in corpore sano.

sana en un cuerpo enfermo, ya que no le fuese posible mantener en igual grado de salud á una y otra sustancia.

Por otra parte, una alma sana es una alma perfecta, una alma bien formada, una alma que está ya en posesion de gobernarse por sí misma: en este caso el tipo representaria mas bien el fin, que el principio fundamental de una buena educacion. Mas es preciso confesar que en el presente caso ni el fin se toca ni los medios se comprenden: en cuanto á nosotros, colocamos el fin de la educacion en el fin comun de la naturaleza humana, esto es, en la felicidad bien entendida; consideramos la educacion como el resumen de los medios que, puestos en juego, pueden conducir al hombre á su verdadero fin; y pues estos medios vienen á reasumirse en los objetos parciales de las facultades humanas, los grandes principios de la educacion están cifrados para nosotros en la verdad y en la virtud, las cuales á su turno reasumen al hombre interior, que es todo entendimiento y voluntad, y subordinan á estas dos facultades, con el poder de la libertad bien gobernada, todo el hombre exterior, todo el hombre físico, que es todo sentidos y materia animada. La buena educacion presupone que el cuerpo sirve al alma, y en el alma el entendimiento á la voluntad, que la voluntad, regida por el entendimiento, sirve á la libertad, y la libertad á la lei. He aquí el tema de una educacion bien entendida.

Pues bien, cuando los primeros años del hombre corren pacíficos bajo el influjo de doctrinas verdaderas, máximas seguras, prácticas prudentes, leyes justas estrictamente observadas, es claro clarísimo que la parte moral del hombre habrá desarrollado un poder irresistible sobre su parte física, y que todas las influencias de esta, como el clima, las estaciones, la temperatura, los alimentos, la constitucion física, el estado de salud ó enfermedad, &c., &c., no habrán sido parte ni á ofuscar su inteligencia ni á corromper su corazon; que habrán figurado como enemigos ó aliados, segun los vicios ó virtudes que pudieran impulsar; pero al fin de la contienda, habrán quedado encadenados ante el poder de una libertad invencible en la verdad y en la virtud.

§ II.

EL EJEMPLO.

Aquellos que están encargados de la educacion moral del hombre, cuentan con dos grandes medios para llevar á

cabo tan importante y noble tarea; los *preceptos* y los *ejemplos*. Cuando entrambos corren á igual paso y obran en un mismo sentido, puede asegurarse casi el resultado mas feliz; mas cuando entre la accion de estos dos poderes hai una discordancia mas ó ménos grande, la moral corre todos sus riesgos; porque el niño y el jóven, atraidos por dos fuerzas opuestas, la de la educacion y la del ejemplo, mas fácilmente son arrastrados á la que favorece á las inclinaciones viciosas, que á las tendencias elevadas. Si el ejemplo es bueno y las máximas son malas, la mejor educacion perece; y he aquí porqué esos establecimientos de enseñanza y educacion que, obedeciendo á las insinuaciones de un siglo incrédulo y corrompido, contrarían los principios y desnaturalizan las máximas, en pocos meses destruyen la obra de algunos años; y el padre y la madre reciben en sus brazos un monstruo, en cambio de un ángel que habian puesto en esta clase de establecimientos. Viceversa, cuando los principios, las máximas y el gobierno doméstico de la educacion son buenos, pero los ejemplos son malos, la grande obra camina con suma lentitud, y de ordinario sucumbe al peso de las dificultades. He aquí porqué la primera obligacion de los padres y maestros es mostrarse á sus hijos y discípulos tales como quieren que ellos sean: hablar á sus sentidos con su conducta, despues de haber hablado á su espíritu con sus doctrinas, y á su corazon con sus sentimientos. Mas no basta este ejemplo parcial, es necesario hacer que los otros conspiran con él en el propio sentido, ó por lo ménos, impedir que le perjudiquen como obstáculos. Para lo primero contribuye mucho el pueblo, la vecindad, las relaciones, &c. &c. Para lo segundo no hai otro medio que el retraimiento prudente y la cautelosa vigilancia.

§ III.

EL HÁBITO.

Es el hábito, segun el proloquio vulgar, una segunda naturaleza: sentencia profunda, que encierra un vasto conjunto de pensamientos, de observaciones y experiencias. En efecto, la accion permanente de la educacion sobre la parte física, intelectual y moral del hombre va modificando insensible pero progresivamente su temperamento, sus inclinaciones, sus pensamientos, sus deseos, su carácter, su conducta en suma, en un sentido enteramente análogo

á aquél en que obran la educacion y el ejemplo. De esta suerte el hombre, al cabo de repetir constantemente todos sus actos en un mismo sentido, llega á adquirir, por último, no solo una facilidad suma para repetirlos del mismo modo, sino aun cierta especie de necesidad mui semejante á las necesidades mas imperiosas de la misma naturaleza. Este estado de fuerza y de poder, en que el hombre llega á colocarse mediante la repeticion indicada de ciertos actos, durante la época de su educacion, se llama *hábito*; y por lo que se ha visto, este se apellida segunda naturaleza.

Contra el poder de los hábitos todo poder es mui limitado en su fuerza y poco seguro en sus resultados. He aquí porqué se observan con demasiada frecuencia en la vida humana dos fenómenos harto sensibles: primero, los hábitos corrompidos acompañan de ordinario al hombre hasta el sepulcro; mientras los hábitos buenos le defienden siempre contra los ataques de las pasiones, y aun cuando en ciertas empeñadas luchas, en ciertas crisis difíciles del hombre moral, parecen sucumbir, no mueren del todo, sino que se ocultan en lo mas íntimo del alma, para reaparecer y enseñorearse de nuevo por medio de una trasformacion gloriosa. ¿Se trata de un hombre viciado, degradado, corrompido desde el techo doméstico, para considerarle durante algunos momentos en que parece inspirarse de la virtud por un golpe de entusiasmo, ó un movimiento de la gracia! Alegraos en buena hora; pero no descanséis: un paso mas, y el infeliz os arrancará nuevas lágrimas á la vista de un estado mil veces peor que el primero. ¿Se trata empero de otro cuya niñez y juventud corrieron, al abrigo de la seduccion, entre las bendiciones y los cuidados del padre y de la madre, bajo el influjo tutelar de una prudente y severa disciplina, y que no entró en la sociedad, sino llevando delante de sí el diploma de sus excelentes principios de educacion y el escudo de sus hábitos bien formados! Podrá suceder que alguna vez sucumba; mas no renunciéis á la esperanza de verle completamente rehabilitado; pasará la tempestad, pasará la crisis terrible; mas la reaccion del hábito sobre la situacion vendrá por fin, y triunfará de estas vicisitudes morales en pro de la verdad y la virtud.

Cuanto acabamos de decir da una luz mas que suficiente para calcular toda la extension de poder que desarrolla el hábito sobre los elementos de las pasiones, y hasta qué punto debemos empeñarnos todos en la noble tarea de formar buenos hábitos en el hombre.

§ IV.

LA RELIGION.

Por mucho que en la grande obra de la perfeccion moral puedan la ternura, el amor, el celo, la experiencia, el cuidado, la solicitud, la vigilancia la direccion, el consejo, la correccion, el ejemplo, &c. &c. de los padres y de los maestros; ellos necesitan, para asegurarse en sus trabajos, de un poder superior á todo poder, de un recurso superior á todos los recursos, de un medio cuya infalibilidad haya salido avante en todas las pruebas, y reuna en su favor el juicio de todos los criterios: tal es la *religion*. Tan indispensable es este recurso, que los mismos médicos lo reconocen así, confesando la impotencia de la medicina, y aun de la legislacion civil, para impedir ó remediar por sí solas el estrago de las pasiones.

“Hai un vínculo indisoluble, dice Mr. Descuret, una cadena misteriosa que une al cielo con la tierra, una voz celestial que nos llama á un mundo mejor, y desvanece así las contradicciones que se notan en nosotros y fuera de nosotros; he aquí definida la religion, cuyo sentimiento se halla profundamente impreso en el corazon del hombre por la causa primera de todo lo que existe, es decir, por el Ser infinitamente poderoso, inteligente, bueno y justo á quien reverenciamos como á Creador, como á Padre y como á Juez. ¿Quién se atreverá á negar la saludable influencia de las esperanzas y de los temores que hace nacer la religion, necesidad intelectual tan indispensable á los individuos como á la sociedad.”

“La irreligion al contrario, hija del orgullo, tan incapaz de alentar al hombre al bien, como de apartarle del mal, la irreligion no hace mas que atizar el fuego de las pasiones, de estas verdaderas enemigas de nuestra libertad. Inhabil para explicar las maravillas y la armonía del mundo físico, no señala remedio ni término al desórden del mundo moral. Enemiga de los pobres y de los desdichados, cuya existencia acibara todavía mas, enemiga de la sociedad, cuyas bases subvierte, no puede producir ventaja alguna real, y siembra donde quiera la corrupcion y el desórden. Con efecto, ¿de dónde proceden estos crímenes monstruosos que desolan y hacen estremecer á nuestras ciudades, si no de la irreligion? ¿No dependen de ella tambien ese sombrío tedio á la vida y esos arrebatos apasio-

nados que llevan á tantos infelices al suicidio? Si registramos los anales de la criminalidad, esas estadísticas espantosas formadas por órden de los principales gobiernos, vemos que la misma instruccion, lejos de contener los progresos del mal, lo empuja mas bien, siempre que no se apoya en el elemento religioso. Convengamos pues en que sin religion no hai verdadera moral, y que de la mejor semilla nace entónces zizafia. La impiedad es un viento abrazador que seca el corazon del hombre, y el cristianismo es un rocío benéfico que lo fertiliza y engrandece.”¹

CAPÍTULO SEXTO.

INFLUENCIAS SOCIALES Y POLÍTICAS.

La sociedad comienza para el hombre desde la cuna. Nace apenas y se encuentra, cuando ménos, en medio de dos seres que son al mismo tiempo los autores de su existencia, los conservadores de su vida, los maestros de su alma y las garantías de su felicidad. Esta es una reunion de individuos ligados por ciertos vínculos y relaciones, sometidos á ciertas leyes y regidos por una autoridad: son pues una sociedad propiamente dicha. Mas esta sociedad, la primera en que entra el hombre, es el centro comun de aquella en cuya órbita está contenida toda la humanidad, y en consecuencia todas las naciones. El conjunto de estas es la sociedad política, la mayor que se conoce sobre la tierra. Entre estos dos extremos el hombre recorre diferentes órbitas, pertenece á diversas sociedades; y, á no ser que por un capricho del genio, por algunos accidentes de la vida, por algun fenómeno de la naturaleza, se desprenda de sus semejantes para ir á habitar solo y único en los bosques solitarios, en los vastos desiertos, él siempre está en la sociedad bajo las diferentes formas que tenga su existencia, y en cualquiera de las muchas situaciones de la vida humana. Fácil es de comprender, en vista de esto, que el carácter, la forma, los recursos, el estado &c., &c., de la sociedad en que viva, ejercen por necesidad un influjo muy vario en sus ideas y en su conducta; pues el hombre se afecta no solo de su temperamento y de sus facultades internas, mas tambien de su situacion extrínseca y de sus rela-

¹ Medicina de las pasiones.

ciones externas. Cumple á nuestro intento, por lo mismo, hablar de estos varios influjos sociales, y tambien de la vida excepcional, ora consista en un absoluto aislamiento, ora se pase en las moradas campestres.

Hablando del influjo de la sociedad, en clase de tal, debemos discurrir con entera separacion acerca de cada grado de su escala: hablaremos pues de la *doméstica, civil, política y religiosa*, y despues tratarémos de los varios influjos que van ejerciendo en el hombre el gran mundo con sus espectáculos y alicientes sensibles, las pequeñas poblaciones, la vida campestre, la soledad absoluta.

§ I.

SOCIEDAD DOMÉSTICA.

Ya hemos dicho que ella es el teatro de la enseñanza, de la educacion, el punto donde se inicia el hombre intelectual y moral, y de donde parte á desarrollar el influjo que le dan sus talentos, sus virtudes, y tambien sus errores y sus vicios, en el cuerpo de la sociedad. Nada, por lo mismo, tenemos que añadir á lo que ya dejamos dicho en materia de educacion, hábitos y ejemplos.

§ II.

SOCIEDAD CIVIL.

Esta, que es un Estado organizado, y en consecuencia regido por leyes y gobernado por autoridades instituidas, ejerce tres géneros de influencias sobre las pasiones del hombre: primera, la de su forma política; segunda, la de su carácter nacional; tercera, la de su legislación.

Las cuatro formas principales de gobierno, esto es, el despotismo, la monarquía temperada, el gobierno constitucional y la república, segun las clasifica con varios autores Mr. Descuret, ejercen un influjo mui diverso no solo en el cuerpo de los pueblos, sino en el seno de las familias y hasta en el carácter moral de cada individuo. "Las lecciones de la historia prueban que cada una de estas formas favorece mas particularmente el desarrollo de ciertas pasiones: así el lujo, la molicie, la pereza y el libertinaje son las dominantes en los gobiernos despóticos. La monarquía templada parece mantener el orgullo, la avaricia y la lujuria en las clases nobles y privilegiadas. El gobierno constitucional, especie de básculo político importado de Ingla-

terra, es al parecer eminentemente propio para sembrar la corrupcion por todas las clases de la sociedad, hasta germinar en ésta las pasiones turbulentas, egoistas, ambiciosas, y echar el descrédito sobre los diversos poderes que tienden de continuo á destruirse. Por último, el amor de la independencia y el de la patria, extremados hasta el mas sanguinario fanatismo, son las dos pasiones principales propias del gobierno republicano, que sucede ordinariamente á las monarquías debilitadas ó corrompidas, y que conduce casi siempre al despotismo."

"En cuanto á las revoluciones que en la escena política promueven las minorías rencorosas, atrevidas y ambiciosas, dan lugar á atroces venganzas, á odiosas ingratitudes y bajas apostasias: ellas pueblan nuestras casas de locos, de ambiciosos engañados, de desdichadas víctimas del dolor ó del miedo; ellas, por fin, dejan por largo tiempo en los ánimos una fiebre de revuelta y de cambio, insoportable para los nuevos actores que han sabido crearse una posición cómoda en adelante."

En cuanto á la legislación, no es de nuestro propósito entrar en sus relaciones directas con las costumbres para descubrir sus verdaderos principios; sino hablar de su simple influjo en ellas. Esto supuesto, dirémos que el influjo de la legislación en el carácter y en las costumbres está siempre en razon directa de su moral, y ésta está siempre en razon directa de sus principios religiosos. Una legislación donde está igualmente garantizada la moralidad de los gobernantes y gobernados, donde todos los ramos administrativos manifiestan la mas inalterable concordia de vigilancia y de accion en el empleo de la personalidad, donde están igualmente atendidos el derecho de la naturaleza y las indicaciones de la conveniencia social, donde las familias disfrutan la inapreciable ventaja que da la independencia doméstica en la dependencia civil bajo las garantías de la moral y de la religion, ejercerá siempre sin duda un influjo de la mas alta importancia en pro de las costumbres públicas, de la paz doméstica y de la moral individual. Mas de otra suerte su influjo será ménos favorable y aun llegará á ser positivamente pernicioso, segun que abandone ó aun llegué á contrariar los principios que acabamos de indicar. Baste lo dicho, pues con solo esto y una observacion atenta, cuando los casos se presenten, puede cada uno formar por lo ménos un cálculo aproximativo so-

¹ DESCURET. Obra citada.

bre el influjo de la legislación civil en las costumbres individuales. Pero una de las influencias más permanentes y activas consiste sin duda en lo que tan propiamente se llama *carácter nacional*; porque este es el gran resumen de todas las influencias religiosas, morales, políticas, comerciales, artísticas, &c., &c. que una nación desarrolla constantemente sobre sus individuos. El carácter nacional es como un torrente que todo lo arrebatara, como una atmósfera que todo lo modifica; es la recolección de todos los espectáculos; de todos los intereses en acción, de todas las ideas en movimiento, de las instituciones, de las costumbres, de cuanto es un pueblo, tomando una especie de unidad social en el conjunto, en la fisonomía, digámoslo así, de cada nación.

§ III.

SOCIEDAD POLÍTICA.

Considerada esta en el sistema de las relaciones convenidas ó admitidas, ó respetadas, ó impulsadas que existen entre todas las sociedades constituidas, su influjo en las pasiones del individuo, debe considerarse bajo un solo punto de vista, el del comercio con los extranjeros. Esto supuesto, fácilmente se comprende que, llevando aquellos á cada pueblo juntamente con sus intereses, su religión, sus costumbres, sus ideas y sus pasiones, ejercerán en los individuos con quienes concurren, un influjo más ó menos lento, más ó menos directo, el cual se hallará siempre en razón directa del número, de la libertad y aun del carácter dominante de las naciones á que los varios extranjeros pertenezcan. Sígnese de aquí que una sociedad que, cambiando el título de nación en el de hospedaje, haya venido á ser como el grande hotel del mundo; donde la inmigración es frecuente, el recibimiento franco é indistinto, y la libertad suma en todas materias, no ejercerá sobre el individuo ningún influjo determinado; pero los ejercerá todos: y como lo más común es lo malo, y lo bueno es siempre raro, nada será tan fácil como corromperse y prostituirse en el seno de semejantes sociedades. Acaso no halláramos mucha diferencia entre el imperio de Nerón, Domiciano, Calígula, &c. y el carácter social de los Estados Unidos del Norte, con respecto á las costumbres, si por un efecto de la tolerancia de ese pueblo, ó para mejor decir, de los designios inescrutables del Altísimo, en ese campo poblado de bastar-

días y henchido de zizaña, no estuviese brotando por todas partes la buena semilla, y si el poder dogmático de la Iglesia católica no tuviese ya tanto adelantado en la grande obra de la moral privada.

No nos extenderemos más sobre este punto; pues no cabe medio entre la simple indicación de una máxima ó de un principio, y la composición de un libro tal vez voluminoso. Mistriss Trollope en sus "Costumbres sobre los americanos," D. Lorenzo Zavala en su "Viaje á los Estados Unidos," el Vizconde de Chateaubriand en su "Viaje á la América" y Torqueville en su "Democracia de la América del Norte" han escrito libros, recorrido algunos espacios; pero no tratado la materia en toda su extensión.

§ IV.

SOCIEDAD RELIGIOSA.

La sociedad religiosa es la misma sociedad civil en sus relaciones directas con la Divinidad, ó de otro modo, está compuesta de los mismos individuos; pero se consideran estos en sus relaciones con Dios, bajo el imperio de su ley y la dirección y gobierno del sacerdocio. Como el orden religioso está fundado en la creencia y esta es más fuerte y constante que la convicción, luego se comprende que su influjo en la moral es más directo, más eficaz y más permanente que el del sistema puramente civil. Toda la economía de la religión, sus dogmas, sus máximas, su disciplina, su gobierno, su ministerio, sus prácticas, su culto, sus formas domésticas y sociales, forman un manantial inagotable de ideas, de imágenes y de afectos, y por tanto, un agente continuo sobre los seres racionales en todo el sistema de sus relaciones.

Los individuos y los pueblos serán sustancialmente según esto, lo mismo que sus creencias su moral y su culto: materiales, bárbaros, inconsecuentes y groseros en el politeísmo: multiformes, heterogéneos, y extremadamente versátiles en el indiferentismo nacional, y aun en la tolerancia en materia de religión: sabios, cultos, morigerados, fuertes y consecuentes, bajo la acción del catolicismo. Infírese de lo dicho: primero, que el influjo de la sociedad religiosa es mayor que otro alguno; segundo, que su bondad sigue la razón directa de su verdad, su unidad, su extensión y su universalidad; tercero, que el culto del catolicismo por ser verdadero, uno, inmenso, práctico y universal,

reune todas las ventajas, excluye todos los inconvenientes, y ejerce sobre los individuos y los pueblos una accion esencialmente moral, civilizadora y feliz.

§ V.

EL GRAN MUNDO.—LA SOLEDAD.—LA VIDA CAMPESTRE.

“Es indudable que la frecuentacion habitual de la sociedad hace al hombre mas alegre, mas fino y mas amable: da tambien á su entendimiento y á su cuerpo mas gracia y flexibilidad; pero desgraciadamente lo que aumenta en superficie y brillo, lo disminuye casi siempre en solidez y profundidad. Por otra parte, nuestra sensibilidad, continuamente puesta en juego, y prodigada en medio de una multitud de cuidados, de penas y de placeres, se esparce en cierto modo por nuestros órganos exteriores, y acaba por dejar nuestras entrañas frias é impasibles. Así es que en el gran mundo, la compasion y la bondad, tan naturales al hombre, parece que cambian de sitio; pues efectivamente se las encuentra mas bien en la lengua que en el corazon.”

“Otro tanto sucede en los partos del entendimiento: puede mui bien el escritor adquirir en la sociedad la facilidad y la brillantez de la expresion, la elegancia y finura de los giros; pero la exactitud de los juicios, la profundidad de los pensamientos y su enlace, el calor y la vida del discurso, son producto habitual del retiro y de la meditacion. Así que, los grandes escritores han dado á luz sus obras inmortales únicamente en la paz de la soledad, que tan propicia se muestra á las concepciones del númen.”

“Los piadosos anacoretas hallaron la paz del alma en el silencio del desierto; tambien se ha visto que en la soledad iban á nutrir sus furores y aguzar sus puñales los zelos, la envidia, la venganza. Y es que la soledad absoluta, haciéndonos reconcentrar de continuo en nosotros mismos, robustece casi siempre nuestro carácter, volviendo mejor al que es naturalmente bueno, y mas feroz y peligroso al que es naturalmente malo. Es constante ademas, que la aversion á la sociedad, junta con una aficion extremada á la soledad, promueve en los melancólicos la aciaga tendencia que harto frecuentemente los arrastra al suicidio.”

“Entre la tristeza del desierto y los devaneos del gran mundo se nos presenta la vida campestre eminentemente favorable al desarrollo del cuerpo y del espíritu, á la serenidad del alma y á la duracion de la existencia. Cierta-

mente que, si las manos ocupadas en escribir se dedicasen á los nobles trabajos de la agricultura, hácia la cual debiera hacernos tender nuestro propio interes, los individuos serian infinitamente mas dichosos, y la sociedad mucho ménos enfermiza y turbulenta.”

§ VI.

LOS ESPECTÁCULOS Y LAS NOVELAS.

“La sobre excitacion del sistema nervioso, tan generalizada de algunos años acá, debe atribuirse en parte á las emociones violentas que las mugeres y los niños van á buscar en el teatro. Esas emociones, que llegan á erigirse en verdaderas necesidades, contribuyen mas de lo que se cree, á debilitar las constituciones, al paso que favorecen el desenvolvimiento de las pasiones eróticas, desarrollo harto precoz á consecuencia de la irritabilidad mórbida que atormenta á nuestra sociedad. Por otra parte, la escena, primitivamente instituida para divertir y para mejorar la moral de las masas, no las divierte muchas veces, sino para corromperlas con los odiosos é infames cuadros que se complace en reproducir. Piérdese comunmente de vista el importante hecho fisiológico de que el hombre ha nacido esencialmente imitador. Presentadle ejemplos morales, dadle enseñanzas útiles, y se penetrará de estas, y se sentirá dispuesto á seguir aquellos. Mas, si por un deplorable abuso de talento, le pintáis la virtud ridícula y el vicio amable, se sonreirá á la pintura de este, y no tardará en odiar aquella. Hubo un tiempo en que el teatro podia servir al ménos para formar el gusto; hoy los mas de los dramas no sirven sino para pervertir á un tiempo el gusto y las costumbres.”

“La lectura de las novelas ejerce una influencia no ménos triste en el desarrollo de las pasiones, sobre todo de la pereza, del miedo, del amor, de la lujuria y del suicidio, ya por imitacion, ya de resultas del tedio que inspira la *vida real*. Por un centenar de novelas verdaderamente morales, que á duras penas se encontrarían en toda nuestra literatura, las hai á millares buenas tan solo para falsear el entendimiento y pervertir de todo punto el corazon.”¹

¹ El mismo, en la obra citada, cap. 4.º